

Conversación entre la vieja casa del Instituto y el plano de un proyecto de nuevo edificio

(El autor de este diálogo es un niño de doce años)

Entró un día de invierno al edificio del Instituto Nacional, un plano, que contenía un hermoso y audaz proyecto de edificación, de líneas armoniosas, severas y sobrias: se trataba de un nuevo edificio para la Universidad y para nuestro Instituto.

Pues bien, aunque parezca extraño, entablóse entre el viejo edificio y el plano, el siguiente diálogo:

El plano. — ¿Cómo te va, pobre viejo?

Inst. Nac. — ¿Y a ti, papelucho insolente?

Plano. — Mira bien las líneas de mi cara, y verás lo que ellas representan, empezando por tu ruina y tu demolición.

Inst. Nac. — No me interesan tus líneas, ni creo que representes el fin de mi existencia.

Plano. — Fíjate que soy el confort moderno, el buen gusto, la calefacción central...

Inst. Nac. — ¿Y qué es eso de la calefacción central?

Plano. — Es sentir un fuego interior, que, —como la inspiración de los poetas—, induce a los hombres a trabajar en el invierno, aunque no haya sol...

Inst. Nac. — Puede ser, puede ser, pero yo tengo una cosa infinitamente más grande: es la tradición.

Plano. — Yo soy un símbolo de la civilización, del adelanto de la ciencia y de las artes...

Inst. Nac. — Ciencias y artes que han nacido y se han desarrollado a base de las enseñanzas que sabios profesores han dado en sus clases, durante muchos años, entre mis toscos murallones.

Plano. — ¡Ridículas murallas que pronto serán reemplazadas por el concreto armado!

Inst. Nac. — Pero tú nacerás sin historia, mientras que yo he visto de cerca y aún conservo hasta el eco de la voz; de varios Presidentes de Chile; de muchos profesio-

nales, artistas, pensadores e intelectuales.

Plano. — Yo daré a las salas de clase, la alegría, el sol y la luz que no diste a los alumnos del Instituto.

Inst. Nac. — Sí, sí; nada más efectivo, pero, no olvides que los antiguos alumnos, que no tuvieron abrigo porque eran pobres en su mayoría y sintieron el frío en salas oscuras, antihigiénicas, no necesitaron tanto calor ni tanta luz, porque los llevaban en el cerebro y en el corazón...

Plano. — Y fíjate bien: las diabluras de los alumnos de ahora son mucho más ingeniosas que las de antes, lo cual quiere decir que hasta los niños han cambiado con el confort y las comodidades...

Inst. Nac. — Pero los viejos alumnos tenían siempre respeto y cariño por sus profesores.

Plano. — No quiero decir que sean irrespetuosos los de hoy, pero ellos tienen más gracia en sus bromas.

Inst. Nac. — No son las chanzas lo importante en un colegio, sino la aplicación y el estudio.

Plano. — Yo creo que como el carácter de los niños ha variado tanto, los de ahora estudiarán con más gusto en salas bien ventiladas y asoleadas. Tendré yo, para ellos, toda clase de salas adecuadas; secciones para deportes, jardines y piscinas... (Aquí el plano no terminó su frase, porque una ráfaga de viento, lo arrebató por la ventana, y lo elevó como si fuera un volantín, que simboliza la ilusión de las aspiraciones humanas).

"Copito" — que representa la tradición del viejo Instituto — al ver elevarse al plano-volantín, reía muy contento, fumando el mismo cigarrillo que lleva en la boca desde hace 35 años...

JOSE MIGUEL VARAS MOREL.

1.er año A.